



Robert Louis Stevenson

El diablo de la botella



LLAC

Biblioteca de Cuentos Clásicos Accesibles

El diablo de la botella

Robert Louis Stevenson, «The Bottle Imp», 1891.

Adaptación colaborativa y edición:

Laboratorio de Lenguaje Accesible (LLAC), 2024.

Web: <https://claroyfacil.es>.

Lectoras: Lucía Casado, Rosa González, Ana Belén Luis y Alexander Rodríguez.

Mediadora: Lucía Casado.

Coordinación: Cristina Sola.

Cubierta: David Howard Hitchcock, *Playa de Waikiki bajo la luz del sol*, 1896.

Botella romana de cuello alto del siglo II-III.

Diablillo, ilustración anónima de 1902.

Licencia: Esta obra es para todo el mundo, no se puede comerciar con ella.

Si usas algún fragmento, debes citar al autor.

Robert Louis Stevenson

El diablo de la botella

LLAC

Biblioteca de Cuentos Clásicos Accesibles

Caldelas de Tui, 2024



Nota:

Las palabras en rojo se pueden consultar en la «Guía de lugares y glosario» que está al final del cuento.

Capítulo 1

En la isla de **Hawái** vivía un hombre al que llamaré Keawe.

Lo llamo así porque nació en **Kona**, cerca de donde está el templo de Keawe y las tumbas de los antiguos gobernantes.

Keawe era pobre, valiente, activo. Leía y escribía como un maestro y era un gran marinero.

Un día, Keawe quiso conocer el mundo que había más allá de las islas y se fue en un barco a **San Francisco**, una hermosa ciudad de Estados Unidos.

Paseó por la ciudad y subió por una calle muy empinada hasta lo alto de una **colina** donde vivía la gente rica en grandes mansiones.

Miró con placer las casas elegantes que había allí mientras pensaba: «¡Qué felices deben de ser las personas que viven aquí, sin preocupaciones!».

Pasó por delante de una casa más pequeña que las demás, pero tan encantadora como un juguete.

Y mientras Keawe miraba la casa
se dio cuenta de que alguien lo miraba a él
desde una ventana de la casa.

Era un hombre calvo, con barba negra
y cara triste y preocupada.

Keawe miraba al hombre
y el hombre miraba a Keawe,
y cada uno sentía envidia del otro.

Entonces, el hombre de la casa sonrió
y le hizo un gesto a Keawe para que entrara.

—Mi casa es muy hermosa —le dijo
el hombre a Keawe—. ¿Le gustaría verla?

Keawe aceptó y el dueño le enseñó la casa de arriba abajo.

A Keawe le pareció perfecta, pero el hombre suspiraba con aire muy triste y Keawe le dijo:

—Esta casa es muy hermosa.

Si yo viviera en una casa como esta, me pasaría el día riendo.

¿Cómo es que está usted tan triste?

—Usted podría tener una casa como esta.

Tiene usted algún dinero, ¿verdad?

—Tengo 50 dólares —dijo Keawe—,

pero esta casa costará más de 50...

—Siento que no tenga más dinero,
porque eso podría darle problemas en el futuro.
Pero se la vendo por 50 dólares.

—¿Me vende su casa por 50 dólares?

—No, la casa no —dijo el hombre—.
La botella. Todo lo que tengo viene
de una pequeña botella... Es esta.

El hombre abrió un mueble cerrado con llave
y sacó una pequeña botella de panza redonda
y con el cuello muy largo.

Era de un cristal blanco
que lanzaba destellos de colores.

Dentro de la botella se movía algo,
parecido a una sombra y a un fuego.



—Esta es la botella —dijo el hombre,
y como Keawe se echó a reír, añadió—:
¿No cree en su poder? Intente romperla.

Keawe cogió la botella y la tiró al suelo,
pero la botella rebotó como una pelota.

—Qué raro, parece de cristal,
pero no se rompe.

El hombre lanzó un suspiro muy hondo:

—Porque es un cristal hecho en el infierno
y la sombra que se ve ahí es la de un diablo.
Cuando alguien compra esta botella,
el diablo se pone a su servicio.

»Y todo lo que esa persona desee,
amor, fama, dinero, cualquier cosa,
el diablo se lo dará.

—Entonces, ¿por qué quiere usted vender
la botella? —preguntó Keawe.

—Ya tengo todo lo que quiero
y me estoy haciendo viejo.
Lo único que el diablo no puede hacer
es alargar la vida.

»Además, si el dueño de la botella muere
antes de venderla,
arderá para siempre en el infierno.

—Eso sí que es un problema —dijo Keawe—.
Este asunto no me gusta.
No me importa mucho tener una casa,
pero sí me importa muchísimo
arder para siempre en el infierno.

El hombre triste suspiró, e insistió:

—Lo que tiene que hacer es usar el poder
de la botella con sensatez, sin pasarse.
Y cuando consiga lo que desea,
venda la botella a otra persona, como hago yo,
y siga viviendo tranquilamente.

—Pero usted no parece muy tranquilo
y, además, vende la botella muy barata.

—Ya se lo he explicado:

Me hago viejo, mi salud ha empeorado
y no quiero ir al infierno cuando muera.
Por eso tengo que vender pronto la botella.

»Además, y esto es importante,
el dueño de la botella tiene que venderla
por menos dinero del que le costó.
Si no lo hace así, la botella volverá a él.

»Hace mucho tiempo, la botella era muy cara.
La primera vez que se vendió
costaba millones de dólares.
Pero como cada vez que alguien la vende
el precio va bajando, ahora es muy barata.

»Yo se la compré a uno de los ricos propietarios que viven aquí y solo pagué **90 dólares**, así que tengo que venderla, como máximo, por 89 dólares y 99 **centavos**.

»Esto tiene dos problemas: uno, que cuando se ofrece una botella tan especial por tan poco dinero, la gente no lo toma en serio.

»Y el otro problema es..., pero eso no corre prisa, no hace falta que se lo explique ahora. Solo recuerde que tiene que venderla por moneda legal y auténtica.

Keawe preguntó:

—¿Cómo sé que lo que dice es verdad?

—Puede comprobarlo ahora mismo:
deme sus **50 dólares**, coja la botella
y pida que el dinero vuelva a su bolsillo.
Si su deseo no se cumple,
yo le devolveré sus 50 dólares.

—¿No me estará engañando?

—Le doy mi palabra de honor, señor.

—Bueno, me arriesgaré —dijo Keawe—,
no puede pasarme nada malo.

Keawe le dio los 50 dólares al hombre
y el hombre le dio a Keawe la botella.

—Diablo de la botella —dijo Keawe—,
quiero recuperar mi dinero.

En cuanto dijo la frase,
el dinero estaba otra vez en su bolsillo.

—¡Es una botella maravillosa! —dijo Keawe,
asombrado.

—Y ahora, mi querido amigo,
tenga usted muy buenos días
y que el diablo lo acompañe.

—Un momento —dijo Keawe—,
ya me he divertido bastante.
Tenga, le devuelvo su botella.

—No, usted la ha comprado
por menos de lo que yo pagué.
Así que ahora es toda suya
y solo quiero que usted y la botella
se vayan cuanto antes.

Capítulo 2

Keawe se marchó con la botella bajo el brazo y con la sensación de haber hecho el tonto. Pensó: «Quizá ese hombre me ha engañado».

Contó el dinero que tenía en el bolsillo: era justo lo que llevaba cuando bajó del barco, así que eso era verdad.

Dejó la botella en una alcantarilla y se alejó, pero, al doblar la esquina, ¡la botella estaba en el bolsillo de su chaqueta!

Keawe pensó:

«Hay que vender la botella
pues, de lo contrario, vuelve a su dueño.
Parece que esto también es verdad».

Se le ocurrió comprar un sacacorchos
e intentó sacar el corcho de la botella.
Pero cada vez que lo metía,
la espiral salía sola del corcho.

Keawe empezó a tener miedo
de aquella botella.

Cuando volvía al barco pasó por una tienda
donde se vendían caracolas, monedas antiguas,
pinturas chinas y todas esas cosas
que los marineros llevan en sus baúles.

Keawe entró y le ofreció la botella al dueño de la tienda por 100 dólares. El dueño de la tienda se rio y le ofreció 5 dólares.

Después de discutir el precio un rato, el dueño le compró la botella a Keawe por **60 dólares** y la puso en el escaparate, junto a las demás cosas.

Keawe se fue hacia el puerto pensando: «He vendido la botella por más dinero del que me costó. A ver si es cierto que vuelve a mí».

Volvió al barco y, al abrir su baúl, ¡allí estaba la botella!
¡Había llegado antes que él!

Así que aquello también era cierto:
había que vender la botella
por menos dinero del que costó,
porque, si no, volvía al antiguo dueño.

Keawe se quedó mirando la botella
con la boca abierta.

Un compañero suyo llamado Lopaka le dijo:

—¿Te pasa algo?

Keawe miró alrededor: estaban solos.

Le hizo prometer a Lopaka
que guardaría el secreto
y le contó la historia de la botella.

—Es muy extraño todo —dijo Lopaka—.
Esta botella te va a dar problemas.
Pero, ya que te va a dar problemas,
que te dé también beneficios.

»Piensa qué es lo que quieres y pídeselo,
y, si te concede el deseo,
yo mismo te compraré la botella.

»A mí me gustaría tener un barco
para comerciar por las islas.
¿Qué te gustaría tener a ti?

—Yo quiero tener una hermosa casa
en la costa de Kona, donde nací,
en la ladera de la montaña.

»Quiero que el sol brille en la entrada,
que haya flores, cristales en las ventanas,
y cuadros y adornos,
y terrazas, como en la casa del rey,
para vivir allí sin preocupaciones
y divertirme con mis amigos y mi familia.



—Pues, cuando volvamos a Hawái,
pídele tu deseo a la botella.
Si se cumple, yo te la compraré
y le pediré un barco para mí.

Capítulo 3

Al cabo de unas semanas el barco regresó a **Honolulu** con Keawe, Lopaka y la botella.

En la playa se encontraron a un amigo, que le dijo a Keawe:

—Cuánto lo siento, qué gran pérdida...

—Pero ¿de qué hablas?

—¿Es que no te has enterado?

Ha muerto tu tío, ¡un hombre tan bueno!

»Y tu primo, ese guapo muchacho,
se ha ahogado en el mar.

Keawe se echó a llorar.

Lopaka se quedó pensando
y, cuando Keawe se calmó un poco, le dijo:

—Tu tío tenía tierras, ¿verdad?

—Sí, en Kona, cerca de donde yo nací.

—¿Y tú heredarás esas tierras?

—Sí —dijo Keawe, y se echó a llorar otra vez.

—Estoy pensando...

¿Y si todo esto fuera obra de la botella?

—¡Pues vaya favor me hace matando a mis parientes!
Pero, espera... Puede que tengas razón, porque imaginé la casa en un lugar como ese, donde están las tierras de mi tío.

—Pero la casa aún no está construida —dijo Lopaka.

—No, y no creo que se construya nunca, porque no tengo dinero para hacerla. Mi tío tenía **plantaciones**, pero solo dan lo justo para vivir bien, el resto de la tierra es de roca negra del **volcán**.

—Vayamos a ver al abogado de tu tío, él podrá decirte lo que has heredado.

El abogado les dijo que el tío de Keawe había hecho una gran fortuna en los últimos días y le había dejado mucho dinero.

—¡Ahora sí que tienes dinero para hacer la casa! —exclamó Lopaka.

El abogado dijo:

—¿Va a construir una casa, señor Keawe? Pues le daré el nombre de un arquitecto del que todos hablan muy bien.

Y Keawe y Lopaka fueron a ver al arquitecto. En su despacho, sobre una mesa, tenía varios dibujos de casas.

El arquitecto escogió uno de los dibujos
y se lo enseñó a Keawe diciendo:

—Usted quiere algo especial, ¿verdad?
¿Qué le parece esto?



Keawe abrió mucho los ojos...

¡Era la casa que había imaginado!

Y pensó:

«Parece que voy a tener esta casa.

No me gusta cómo la consigo,

pero puedo tener lo bueno junto con lo malo».

Así que le dijo al arquitecto lo que quería
y le habló de los muebles y la decoración.

Luego le preguntó cuánto costaría todo.

El arquitecto hizo algunos cálculos

y le dijo una cantidad...

¡Justo la cantidad que Keawe había heredado!

Lopaka y Keawe se miraron
y asintieron con la cabeza:
Ya no tenían ninguna duda.
Aquello era obra del diablo de la botella.

«Está claro que voy a tener esta casa
tanto si quiero como si no
porque viene del diablo —pensó Keawe—.
No voy a desear nada más
mientras tenga esta botella,
pero como ya no puedo librarme de la casa,
aceptaré lo bueno junto con lo malo».

Y Keawe firmó el contrato con el arquitecto
para construir la casa.

Unos días después Keawe y Lopaka
se embarcaron de nuevo,
esta vez rumbo a Australia,
y dejaron que el arquitecto
y el diablo de la botella
construyeran la casa como quisieran.

Capítulo 4

El viaje fue bueno,
aunque Keawe estuvo todo el tiempo
conteniendo la respiración,
con miedo de pedir algún deseo,
pues no quería aceptar más favores del diablo.

Cuando regresaron a Hawái,
el arquitecto les dijo que la casa estaba lista
y Keawe y Lopaka fueron a verla.

La casa estaba en la ladera del monte
y se veía desde el mar.

Más arriba de la casa, el bosque subía por la montaña hasta las nubes.

Por debajo de la casa, la negra roca volcánica bajaba hasta el mar entre acantilados donde estaban las tumbas de los reyes antiguos.

Un jardín florecía alrededor de la casa con flores de todos los colores.

A un lado de la casa había un huerto de frutales y, al otro, una plantación de **árboles del pan**.

La casa tenía varios pisos y grandes habitaciones con terrazas y balcones.

Las ventanas tenían cristales transparentes como el agua y tan brillantes como un día de sol.

En toda la casa había muebles bonitos
y cuadros de brillantes colores
con marcos dorados, adornos de gran calidad,
relojes de péndulo, cajas de música,
libros llenos de ilustraciones...

Las terrazas eran tan grandes
que en ellas cabía el pueblo entero.

El porche trasero estaba rodeado por los huertos
y por él entraba la brisa de la montaña.

La terraza delantera recibía el viento del mar
y desde allí se veía cruzar el barco de vapor
que hacía la ruta entre las islas
y los barcos cargados de madera, bananas
y raíces de kava.

Después de ver toda la casa,
los dos amigos se sentaron en el porche
y Lopaka preguntó:

—Dime, ¿es como la habías imaginado?

—No hay palabras para expresarlo,
es mejor de lo que había soñado,
voy a reventar de satisfacción.

—Estoy pensando que todo esto
puede haber pasado de forma natural.
Quizá el diablo de la botella
no ha tenido nada que ver
y todo ha sido una casualidad.
Por eso me gustaría tener una prueba más
del poder de la botella.

Pero Keawe dijo:

—No quiero pedirle más favores al diablo, ya me he arriesgado mucho.

—Pero podrías pedir algo que no fuera una ventaja, para no tener que avergonzarte por aceptar favores del diablo.

A mí me gustaría ver al diablo que hay en la botella.

»Así quedaré convencido y compraré la botella. Aquí tengo el dinero preparado.

—Pero ver al diablo puede ser algo horrible y quizá luego no quieras comprarla.

—Soy un hombre de palabra —dijo Lopaka.

Keawe asintió con la cabeza.

—Está bien, yo también tengo curiosidad...
Señor Diablo, ¡déjenos verlo!



Nada más decirlo,
el diablo salió de la botella
y volvió a meterse,
veloz como una lagartija...

Al verlo, Keawe y Lopaka
se quedaron de piedra.
Estuvieron así mucho rato...
Mucho rato...

Ya era de noche cuando Lopaka reaccionó,
empujó el dinero hacia Keawe,
cogió la botella y dijo:

—Soy un hombre de palabra,
de lo contrario, jamás tocaría esta botella.
Le pediré un barco y unos dólares
y luego la venderé lo antes que pueda.
La verdad, me he quedado horrorizado
al ver al diablo.

Keawe miró a su amigo y le dijo:

—Lopaka, no pienses muy mal de mí,
sé que el camino por las rocas junto a las tumbas
no es buen sitio para cruzarlo de noche...

»Pero no podré comer ni dormir ni rezar
hasta que te hayas llevado la botella.
Te daré un farol,
una cesta para guardar la botella
y cualquier adorno que te guste.
Después quiero que te vayas a dormir al pueblo.

—Muchos hombres se enfadarían contigo
si los echaras así de tu casa, Keawe,
sobre todo después de haberte hecho un favor
tan grande comprándote la botella.
Pero estoy tan aterrorizado
que no puedo culparte por tener miedo.
Allá voy, y pido a Dios que seas feliz en tu casa
y yo afortunado con mi barco,
y que al final los dos vayamos al cielo
a pesar del diablo y de su botella.

Lopaka bajó por la montaña con su caballo.
Keawe salió a la terraza y se quedó escuchando
el ruido de los cascos del caballo sobre las rocas
y vio la luz del farol
que alumbraba el camino entre las tumbas.

Keawe temblaba, se retorció las manos
y rezaba por su amigo mientras daba gracias
por haber escapado de aquel peligro.

Capítulo 5

Al día siguiente el sol brillaba
y la casa nueva era tan agradable
que Keawe pronto se olvidó de sus terrores.

Fueron pasando los días
y Keawe vivía muy contento.
Le gustaba sentarse en el porche trasero,
allí comía, descansaba
y leía los periódicos de Honolulu.

Cuando iba alguien a verlo,
le enseñaba las habitaciones y los cuadros
y la fama de la casa se extendió por todas partes.

La llamaban «la Casa Grande»
y también «la Casa Resplandeciente»,
porque Keawe tenía un criado chino
que se pasaba el día limpiando el polvo
y sacando brillo a los metales y a los cristales,
de manera que toda la casa brillaba
como una mañana de sol.

Keawe estaba tan contento con la casa,
que se paseaba por las habitaciones cantando.

Una mañana fue a visitar a un amigo,
que ofreció un gran banquete en su honor.
Al día siguiente se marchó
y cabalgó deprisa
porque estaba impaciente por llegar a su casa.

Al atardecer, cerca de **Honaunau**,
vio a lo lejos a una mujer
que se bañaba en la orilla del mar.
Salió del agua y Keawe vio cómo ondeaba
al viento su blanca camisa mientras se la ponía.

Después la mujer se puso el **holoku** rojo,
la túnica que usan las mujeres hawaianas,
terminó de arreglarse y fue hacia el camino.

Cuando Keawe llegó a su altura,
vio de cerca a la mujer.

Era joven, el baño la había estimulado
y sus ojos brillaban, llenos de amabilidad.

Keawe tiró de las riendas y el caballo se paró.

Le dijo a la mujer:

—Pensaba que conocía a todo el mundo en este lugar, ¿cómo es que no te conozco a ti?

—Soy Kokua, hija de Kiano, y acabo de volver de Honolulu. ¿Quién es usted?

—Te lo diré enseguida —Keawe se bajó del caballo—, pero antes, dime, ¿estás casada?

Al oír esto, Kokua se echó a reír.

—Parece que solo usted hace las preguntas. Y usted, ¿está casado?

—No, Kokua, no estoy casado,
nunca he pensado en casarme hasta ahora.
Pero te he encontrado aquí junto al camino
y al ver tus ojos que son como estrellas
mi corazón ha volado hacia ti como un pájaro.

»Si no quieres saber nada de mí, dilo,
y me iré a mi casa;
pero si te parezco tan bueno
como cualquier otro joven, dilo también,
e iré a la casa de tu padre y hablaré con él.

Kokua miró hacia el mar y se echó a reír.

—Kokua —dijo Keawe—, no dices nada.
Entonces, supongo que te parece bien
que vayamos a casa de tu padre.

Y fueron a la casa de Kokua
caminando en silencio.

Ella iba delante y, de vez en cuando,
miraba hacia atrás y luego apartaba la vista.

Al llegar a la casa, Kiano salió a recibirlos
y dio la bienvenida a Keawe
llamándolo por su nombre.

Entonces, la muchacha miró a Keawe,
porque había oído hablar de la Casa Grande.

Fue una reunión muy alegre.
Kokua era atrevida e ingeniosa
y se estuvo burlando de Keawe toda la noche.
Al día siguiente, Keawe habló con Kiano
y le permitió quedarse a solas con Kokua.

—Kokua —dijo Keawe—,
ayer te burlaste de mí
y aún estás a tiempo de rechazarme.
No te dije quién era porque mi casa es hermosa
y temí que pensaras mucho en la casa
y poco en el hombre que te ama.

»Ahora ya lo sabes todo.
Si no quieres volver a verme, dilo cuanto antes.

Esta vez Kokua no se rio.
Las cosas pasaron muy deprisa,
pero también fueron muy lejos.

Una flecha que vuela rápido
puede dar en el blanco.

Así fue para Kokua: cuando Keawe se marchó,
su imagen llenaba su corazón,
escuchaba su voz mientras las olas rompían
contra las rocas negras de la playa
y por aquel joven que solo había visto dos veces
hubiera dejado su tierra y a su familia.

Capítulo 6

El caballo de Keawe corría veloz como el viento.
Volvía a casa después de estar con Kokua
cantando con el corazón lleno de alegría.
El sonido de su voz se mezclaba
con el ruido de los cascos sobre las rocas
y despertaba a los muertos en las tumbas.

Keawe seguía cantando cuando llegó
a la Casa Resplandeciente.
Se sentó a comer en la terraza.
El criado chino lo miraba asombrado,
porque Keawe cantaba mientras comía.

El sol se ocultó tras el mar y llegó la noche
y Keawe estuvo cantando
mientras paseaba por las terrazas,
y hasta los marineros de los barcos
que navegaban por la costa lo oyeron cantar.

«Mi vida es maravillosa —pensaba Keawe—.
Hoy, por primera vez, encenderé luces
en todas las habitaciones de la casa,
usaré mi bañera con agua caliente y fría
y dormiré en la cama de matrimonio».

Así que el criado chino tuvo que levantarse
y encender la caldera para calentar el agua.
Mientras trabajaba en el sótano de la casa
oía cantar a Keawe arriba,
en las habitaciones iluminadas.

Cuando el agua estuvo caliente,
el criado chino gritó que todo estaba listo
y Keawe entró en el cuarto de baño cantando.

El criado lo oyó cantar
mientras se llenaba la bañera
y lo oyó cantar mientras se desnudaba
hasta que, de repente, el canto paró.

El criado estuvo escuchando un rato
y luego le preguntó a Keawe si estaba bien.
Keawe respondió «sí» y le dijo al criado
que se fuera a la cama.

El criado ya no oyó más canciones esa noche,
solo oyó a Keawe que paseaba de un lado a otro
por las terrazas de la casa.

¿Qué había pasado?

Mientras Keawe se desnudaba para bañarse, descubrió en su cuerpo una mancha...

Entonces dejó de cantar.

Había visto otras manchas parecidas: era **lepra**.

Es triste para cualquiera tener esta enfermedad.

Y también sería muy triste para cualquiera abandonar una casa tan hermosa y tan cómoda y separarse de todos sus amigos para ir hasta **Molokai** y lanzarse al mar entre enormes acantilados.

Porque el gobierno enviaba a los leprosos a la isla de Molokai, de donde no podían salir.

Los obligaban a separarse de sus familias
y a vivir aislados para siempre,
apartados del mundo.

Pero es que, además, Keawe había encontrado
a su amor un día antes,
la había conquistado aquella misma mañana.
Y ahora, de pronto, todas sus esperanzas
se rompían como un cristal...

Keawe se sentó en el borde de la bañera,
luego se levantó con un grito, salió del baño
y fue de un lado a otro, desesperado.

A Keawe no le faltaba valor para dejar su casa
e ir a Molokai a vivir con los leprosos.

Pero pensaba en Kokua...

«¿Qué pecado he cometido —se decía—
para que haya encontrado a Kokua
cuando salía del mar al atardecer?
Kokua, que me ha robado el alma, luz de mi vida.

»Quizá nunca llegue a casarme con ella,
quizá no vuelva a verla ni pueda acariciarla...
¡Lloro por ti, Kokua!

Debemos fijarnos en la clase de hombre
que era Keawe: podría haber vivido
durante años en la Casa Resplandeciente
sin que nadie sospechara que tenía lepra.
Muchas personas ocultaban su enfermedad
para no ir a Molokai.

Pero para Keawe eso no era importante.
Lo que le importaba era perder a Kokua.

Otros hombres se habrían casado
sin importarles si contagiaban a su mujer,
porque tienen alma de cerdo.

Pero Keawe amaba a Kokua como un hombre,
no como un cerdo,
y no estaba dispuesto a causarle ningún daño
ni a exponerla a ningún peligro.

De madrugada, Keawe se acordó de la botella.
También recordó la tarde en que vio al diablo
y el miedo le heló la sangre en las venas.

Desesperado, Keawe se decía:

—Esa botella es algo horrible.

Y aún más horrible es la posibilidad de arder
para siempre en el infierno,
pero, ¿qué puedo hacer?

»No hay cura para la lepra
y estando así no puedo casarme con Kokua.
¿Me enfrenté al diablo para tener una casa
y no voy a enfrentarme a él para tener a Kokua?

Entonces, Keawe decidió ir a Honolulu,
donde vivía Lopaka,
para intentar recuperar la botella
de la que con tantas ganas
se había librado tiempo atrás.

Capítulo 7

Keawe no durmió esa noche.

Tampoco pudo comer.

Le envió una carta a Kiano diciendo que debía salir de viaje para atender un asunto urgente y se puso en camino hacia el pueblo, de donde salía el barco de vapor que hacía la ruta por las islas.

Estaba lloviendo y el caballo iba despacio.

Al pasar junto a las tumbas,
Keawe envidió a los muertos que dormían allí,
libres de problemas.

Recordó que el día anterior había pasado
por aquel mismo lugar al galope,
cantando lleno de felicidad.
Y se asombró de cómo había cambiado su vida
en un momento...

El puerto estaba lleno de gente
que esperaba el barco de vapor.
La gente bromeaba y se contaba las novedades.

Pero Keawe no tenía ganas de hablar
y suspiraba mirando la lluvia
y las olas que rompían en las rocas.

Llegó el vapor y Keawe subió a bordo.

La parte trasera del barco estaba llena de **haoles** (europeos y estadounidenses) que habían ido a visitar el volcán.

En el centro se amontonaban los **kanaka** (hawaianos) y en la parte delantera del barco iba el ganado, sobre todo caballos y toros.

Keawe se sentó aparte, hundido en su dolor, intentando ver la casa de Kiano desde el barco.

Y la vio: vio a lo lejos a su amor en la orilla, sobre las rocas negras, bajo las palmeras. Se veía diminuto su holoku rojo, que parecía revolotear junto a la casa.

Keawe suspiró:

«Ah, reina de mi corazón,
arriesgaré mi alma para recuperarte».

Poco después, al caer la noche,
se encendieron las luces de los camarotes
y los haoles se reunieron para jugar a las cartas
y beber whisky, como hacían siempre.

Pero Keawe estuvo paseando por cubierta
toda la noche y todo el día siguiente
como un animal salvaje dentro de una jaula.

Al fin llegaron a la isla de **Oahu** por la tarde
y desembarcaron en Honolulu.

Keawe preguntó en el puerto por Lopaka.

Le dijeron que tenía el mejor barco de las islas y que se había marchado en busca de aventuras.

Entonces Keawe se acordó de que Lopaka tenía un amigo abogado (tampoco debo decir su nombre). Preguntó por él a la gente y le dijeron que se había hecho rico de repente y que tenía una casa nueva y muy hermosa en el barrio de **Waikiki**.

Keawe se quedó pensativo al oír esto. Alquiló un coche de caballos y fue a la casa del abogado.

Vio que era muy nueva y en el jardín había arbolitos recién plantados.

El abogado salió a recibirlo,
parecía un hombre satisfecho con su vida.

—¿Qué puedo hacer por usted? —dijo.

—Usted es amigo de Lopaka.
Él me compró un objeto que quiero recuperar
y espero que usted me ayude a encontrarlo.

—Señor Keawe, sé de lo que me habla,
es un tema muy desagradable.
Ya vendí ese objeto que le interesa.

Y el abogado le dio a Keawe el nombre
de la persona a la que le vendió la botella
(nombre que tampoco puedo decir).

Esta otra persona también le dijo a Keawe que había vendido la botella y le dio el nombre de su comprador.

Y, así, durante varios días, Keawe visitó a satisfechos propietarios de casas nuevas y muy hermosas que le daban a Keawe el nombre de su comprador...

Keawe tenía esperanza de encontrar la botella y pensaba:
«Cuando vea a alguien a punto de morir, sabré que la botella está cerca».

En una de sus visitas le dijeron que fuera a ver a un haole.

También vivía en casa una nueva,
con jardín recién plantado y luz eléctrica.

Pero esta vez, al ver al dueño,
Keawe sintió un escalofrío de esperanza
y de miedo.

Era un hombre joven,
pero pálido como un cadáver, casi calvo
y con la expresión de alguien a punto de morir.
Keawe pensó: «La botella tiene que estar aquí».

Le dijo al hombre:

—He venido a comprar la botella.

Al oír aquello, el joven haole casi se desmaya.

—Comprar la botella...

¡Quiere comprar la botella!

Agarró a Keawe del brazo, lo llevó a una sala y llenó dos copas de vino.

—A su salud —dijo Keawe, bebiendo, pues conocía las costumbres de los haoles—.

Sí, he venido a comprar la botella.

¿Cuál es el precio que tiene ahora?

—¡El precio! ¿No sabe cuál es el precio?

—No, por eso se lo pregunto.

—La botella ha bajado mucho de precio desde que usted la compró, señor Keawe.

—Bien, así tendré que pagar menos por ella.
¿Cuánto le costó a usted?

El joven estaba tan blanco como el papel.

—**2 centavos**—dijo, con voz temblorosa.

—¿Cómo? ¿Solo 2 centavos?

Si usted pagó 2 centavos por la botella,
solo puede venderla por **1 centavo**,
pero, entonces, el que se la compre...

Keawe no pudo terminar la frase.

Quien comprara la botella por 1 centavo,
no podría venderla por menos dinero...

**¡Porque no había monedas
que valieran menos de 1 centavo!**

Y Keawe se quedaría para siempre con la botella
y hasta que el diablo se lo llevara al infierno.

Esto era lo que no había querido decirle
el hombre de San Francisco.
El joven haole se puso de rodillas.

—¡Cómprela, por el amor de Dios!
Puede quedarse también con toda mi fortuna.
Estaba loco cuando la compré a ese precio,
pero tenía miedo de ir a la cárcel
porque había robado dinero...

Keawe miró al hombre y le dijo:

—Pobre criatura... Usted arriesgó su alma para no ir a la cárcel.

¿Cree que yo no la voy a arriesgar por amor?

Tráigame la botella y el cambio,

porque imagino que ya lo tendrá preparado.

Tiene que darme el cambio

de esta moneda de 5 centavos... Aquí tiene.

Keawe le dio una moneda de 5 centavos

y, en efecto, el joven tenía preparadas

cuatro monedas de 1 centavo.

En cuanto la botella cambió de manos,

Keawe le dijo que quería quedar limpio

de la lepra.

Volvió al hotel y se desnudó delante del espejo:

Su piel estaba sana como la de un bebé.
Pero cuando comprobó que ya no tenía lepra,
algo cambió dentro de Keawe.

Ahora la lepra ya no le importaba nada
y ni siquiera pensaba en Kokua.

Solo tenía una idea en la cabeza:
nunca podría vender la botella.
Estaba ligado al diablo para siempre
y ardería en las llamas del infierno.

Su alma se encogió mientras oscurecía.
Al cabo de un rato se dio cuenta
de que era de noche
y oyó que en el hotel tocaba una orquesta.

Bajó a escucharla porque temía quedarse solo, y allí, entre caras alegres, intentó distraerse. Pero lo único que veía en su imaginación eran las llamas del infierno.

Entonces la orquesta tocó una canción que él y Kokua habían cantado juntos... Aquella melodía le devolvió el coraje.

Pensó: «Ya está hecho. Una vez más, tendré que aceptar lo bueno junto con lo malo».

Capítulo 8

Keawe volvió a Hawái en el primer barco.
En cuanto pudo se casó con Kokua
y la llevó a la Casa Resplandeciente.

Cuando estaban juntos,
el corazón de Keawe se tranquilizaba,
pero en cuanto se quedaba solo
empezaba a pensar en su horrible situación
y en el fuego abrasador del infierno.

Kokua se había entregado a Keawe,
su corazón se aceleraba al verlo
y su mano buscaba siempre la suya.

Era una joven amable y sonriente por naturaleza.
Todo el mundo se alegraba al verla,
de sus labios salían siempre palabras cariñosas.
Le gustaba mucho cantar y recorría la casa
cantando como los pájaros.

Keawe la miraba y la escuchaba maravillado
y luego se escondía en un rincón,
llorando y gimiendo al pensar
en el precio que había pagado por ella.

Después se secaba los ojos y volvía con Kokua,
cantando y sonriendo con el alma angustiada.

Pero un día Kokua empezó a arrastrar los pies
y a cantar cada vez menos.

Ya no era solo Keawe el que se escondía para llorar, ahora Kokua hacía lo mismo en otro lado de la casa.

Pero Keawe estaba tan desesperado que apenas notó el cambio en Kokua. Solo se alegraba de estar a solas para no tener que ocultar su corazón enfermo bajo una cara sonriente.

Una tarde, mientras caminaba por la casa, oyó un llanto, como el un niño: era Kokua, que lloraba desconsolada.

Keawe se acercó a ella y le dijo:

—Daría media vida para que fueras feliz.

—¡Feliz! —exclamó Kokua.

Keawe, cuando vivías tú solo en esta casa,
toda la gente de la isla hablaba de tu felicidad.

Reías, cantabas, eras feliz.

Después te casaste con la pobre Kokua
y desde aquel día no has vuelto a sonreír.

»¿Qué es lo que me pasa?

Creía que yo era bonita y amo a mi marido.

¿Qué es lo que tengo

que le provoco tanta tristeza?

—Pobre Kokua —dijo Keawe.

Se sentó a su lado y trató de cogerle la mano,
pero ella la apartó—. ¡Pobre niñita mía!

¡No te dije nada porque no quería que sufieras!

»Pero te lo contaré todo.

Sentirás compasión por el pobre Keawe
y comprenderás lo mucho que te amaba,
porque prefirió el infierno a perderte.

Y lo mucho que te ama aún,
porque es capaz de sonreír al mirarte.

Y entonces Keawe le contó toda la historia.

—¿Has hecho eso por mí? —dijo Kokua—.
¡Entonces no importa nada!

Y abrazó a Keawe, llorando.

—¡Querida mía! —dijo Keawe—,
Pues cuando pienso en el fuego del infierno...
¡A mí sí me importa!

—No digas eso —respondió Kokua—,
ningún hombre se condenará por amar a Kokua
si no ha hecho nada malo.
Keawe, yo te salvaré o moriré contigo.

»Yo me eduqué en un colegio de Honolulu
y sé muchas cosas...
Has comprado la botella por 1 centavo, sí,
pero no todos los países usan la misma moneda.
En Inglaterra existe una moneda
que vale medio centavo.
Aunque eso no sirve de mucho...

»Pero hay una moneda francesa, el céntimo,
que vale menos: podemos cambiar 1 centavo
por 4 céntimos franceses.

»En Tahití tienen moneda francesa.
¡Vámonos a Tahití en el primer barco que zarpe!
¡Vamos, Keawe mío!
Bésame y no te preocupes más.
Kokua te defenderá.

—¡Eres un regalo de Dios! —exclamó
Keawe—. ¡El Señor no puede castigarme
por desear algo tan bueno como tú!
Haremos lo que tú digas.
Llévame donde quieras,
pongo mi vida y mi salvación en tus manos.

Al día siguiente muy temprano
Kokua empezó a prepararlo todo.
Abrió el baúl de marinero de Keawe
y puso la botella en una esquina.

Luego colocó sus mejores ropas
y los adornos más bonitos que había en la casa.

—Si no parecemos gente rica,
¿quién va a creer en la botella?

Keawe sentía un enorme alivio.
Ahora que alguien compartía su secreto
y había visto un rayo de esperanza,
volvía a respirar y a caminar con paso ligero.

Pero, de vez en cuando,
igual que el viento apaga una vela,
la esperanza moría dentro de él
y veía otra vez muy cerca las llamas del infierno.

Capítulo 9

Keawe y Kokua les dijeron a todos que se iban a hacer un viaje por Estados Unidos, algo que a todo el mundo le extrañó.

Aunque más se hubieran extrañado si hubieran sabido la verdad.

Fueron a Honolulu en el barco de vapor y allí cogieron un barco hasta San Francisco. En San Francisco subieron a otro barco que iba a **Papeete**, la capital de Tahití.

Papeete era la ciudad francesa más importante de los mares del Sur y Kokua y Keawe esperaban encontrar allí un comprador para su botella.

El viaje fue agradable, soplaba un viento suave y vieron las olas que rompían en los arrecifes de coral, las casas blancas del puerto entre verdes árboles y, por encima, las montañas y las nubes de Tahití.

Alquilaron una casa en las afueras de la ciudad, al final de una avenida donde vivían los ricos, para demostrar que tenían dinero.

Esto era fácil mientras tuvieran la botella.
Kokua era más atrevida que Keawe
y llamaba al diablo para pedirle dinero.

Muy pronto la gente empezó a hablar
de los extranjeros que venían de Hawái
y vivían a lo grande.

Fueron a una oficina del Gobierno
para cambiar los centavos por céntimos
y luego aprendieron a comunicarse
en la lengua de Tahití,
que es parecida a la de Hawái.

En cuanto tuvieron los céntimos
y la capacidad para comunicarse,
intentaron vender la botella.

Pero era difícil tratar el tema...

La gente con la que hablaban
no les tomaba en serio.

¡Les vendían una fuente de riqueza inagotable
por 4 céntimos!

¿Quién podía creerse aquello?

Además, tenían que explicar
los peligros de la botella.

Pero los posibles compradores se echaban a reír
porque no creían la historia
o salían corriendo cuando oían hablar del diablo.

Y al cabo de poco tiempo,
todo el mundo en la isla escapaba
de aquella gente que trataba con el diablo.

Los niños se asustaban al verlos
y los católicos hacían la señal de la cruz
al cruzarse con ellos...

Keawe y Kokua estaban muy deprimidos.
Ningún habitante de la isla quería saber nada
de ellos ni de su botella.

Durante el día intentaban vender la botella
y por la noche volvían cansados a casa,
en la que solo se oía el llanto de Kokua.

Algunas veces rezaban juntos;
otras veces se sentaban en el suelo
y miraban la sombra que se movía en la botella.

Apenas dormían, tenían miedo de irse a la cama.
Cuando uno de ellos se adormilaba,
al abrir luego los ojos veía al otro
llorando en silencio en la oscuridad.

Una de esas noches, Kokua se despertó
y vio que Keawe no estaba a su lado.
Entraba un rayo de luna por las persianas
y vio que la botella estaba en el suelo.

Se asustó.

Fuera soplaba el viento,
que movía los árboles de la avenida
y formaba remolinos de hojas secas.

Pero Kokua oyó otro sonido,
tan triste que desgarraba el alma.
Se levantó sin hacer ruido,
abrió la puerta y se asomó al jardín
iluminado por la luna.

Allí, bajo los bananos, estaba Keawe
echado en el suelo
con la boca pegada a la tierra
para que no se oyeran sus gemidos.

El impulso de Kokua fue ir a consolarlo,
pero en seguida pensó que no debía hacerlo.

Keawe siempre se había comportado ante ella
como un hombre valiente.

Seguramente él no querría que ella lo viera en ese estado de terror y sufrimiento.

Y Kokua volvió a entrar en la habitación, pensando:

«¡Dios mío, qué descuidada he sido! ¡Qué débil! Es él, no yo, quien se enfrenta al infierno y sufre todo esto por mí.

»Hasta ahora nunca se me ha ocurrido pensar cuál es mi deber, o quizá he preferido no pensar en ello. Pero ahora entrego mi alma al amor, ahora digo adiós al paraíso y a los rostros de mis amigos que me esperan allí.

»¡Amor por amor,
y que el mío iguale al de Keawe!
¡Alma por alma,
y que sea la mía la que se condene!

Y Kokua cogió los preciosos céntimos
que siempre tenían cerca
y salió de la casa.

Mientras caminaba por la avenida
el viento arrastró unas nubes
que ocultaron la luna.
La ciudad dormía y Kokua no sabía
hacia dónde ir...

De pronto oyó que alguien tosía
y vio a un anciano debajo de un árbol.

—Buen hombre —dijo Kokua—,
¿qué hace aquí solo en una noche como esta?

El anciano, entre toses, le explicó a Kokua
que era un pobre viejo, extranjero en la isla.

—¿Me haría usted un favor? —dijo Kokua—.
De extranjero a extranjera y de anciano a joven,
¿querría usted ayudar a una hija de Hawái?

El viejo miró a Kokua con desconfianza.
Pero Kokua se sentó bajo el árbol y le dijo:

—Siéntese conmigo, le contaré una historia.

Y le contó la historia de Keawe y la botella
de principio a fin.

—Y yo soy la esposa que Keawe compró a cambio de su alma. ¿Qué puedo hacer? Si yo quisiera comprarle la botella, Keawe no aceptaría. Pero a usted sí se la venderá muy contento.

»Usted se la compra a Keawe por **4 céntimos** y yo se la compraré a usted por **3 céntimos...** ¡Y que Dios me dé fuerzas!

—Si intentas engañarme —dijo el viejo— Dios te matará.

—¡Sí, me mataría!—exclamó Kokua—. Pero yo no podría ser tan malvada.

—Dame los 4 céntimos y espérame aquí.

El anciano se fue por la avenida hacia la casa.
Al quedarse sola, Kokua sintió mucho miedo.

El viento rugía entre los árboles
y a ella le parecía que las llamas del infierno
estaban ya a punto de alcanzarla.
Bajo la luz del farol, las sombras de las ramas
le parecían las garras del demonio.

Si hubiera tenido fuerzas, habría echado a correr,
y si hubiera podido, habría gritado.
Pero fue incapaz de hacer nada
y se quedó temblando como una niña asustada.

Al cabo de un rato vio al anciano
que volvía con la botella.

—He hecho lo que me pediste —dijo el viejo—. Le he comprado la botella a tu marido y se ha quedado llorando como un niño. Esta noche dormiré en paz.

Y extendió la mano con la botella, ofreciéndosela a Kokua.

Pero ella dudó y dijo:

—Antes de dármela aprovéchese de lo bueno: líbrese de la tos.

—Soy muy viejo—replicó el otro—, y estoy demasiado cerca de la muerte para aceptar favores del diablo... Pero ¿por qué no coges la botella? ¿Dudas?

—¡No, no dudo!—exclamó Kokua—.

Pero me faltan las fuerzas...

Espere un momento...

Es mi mano la que se resiste,
es mi carne la que se encoge
al ver ese objeto maldito.

¡Espere un momento!

El anciano miró a Kokua con afecto.

—¡Pobre niña! —dijo—. Tienes miedo.

Bueno, me quedaré yo con la botella.

Soy viejo y nunca más tendré felicidad
en este mundo y, en cuanto al otro...

—¡Démela! —exclamó Kokua—.

Aquí tiene el dinero.

»¿Cree que soy tan miserable
para dejar que se la quede usted?
¡Deme la botella!

—Que Dios te bendiga, hija mía —dijo
el anciano, y le entregó la botella a Kokua.

Kokua escondió la botella bajo su holoku,
se despidió del anciano
y echó a andar por la avenida, sin rumbo.
Porque ahora daba igual qué camino tomara:
todos los caminos la llevaban al infierno.

Caminaba a ratos, otras veces corría
gritando y llorando o se tiraba al suelo,
llena de terror.

Todo lo que había oído sobre el infierno
le volvía ahora a la imaginación
y le parecía ver las llamas, el humo la asfixiaba,
se quemaba con los carbones encendidos...

Poco antes del amanecer
logró calmarse un poco y volvió a casa.
Keawe dormía igual que un niño,
como le había dicho el anciano.

Kokua contempló su rostro.

—Duerme, esposo mío —le dijo—.
Cuando despiertes podrás cantar y reír.
Pero la pobre Kokua,
que nunca quiso hacer mal a nadie,
no volverá a descansar ni a cantar ni a disfrutar.

Después se echó junto a Keawe
y su dolor era tan grande que pronto se durmió
con un sueño pesado y profundo.

Capítulo 10

Keawe se despertó por la mañana y le dio la buena noticia a Kokua.

Estaba tan contento que parecía trastornado, hablaba sin parar y no se dio cuenta de la tristeza de Kokua, aunque a ella le costaba disimular.

A la hora de comer, Kokua no tocó la comida, pero Keawe comía con apetito y ni se dio cuenta. Kokua lo veía y lo oía como en una pesadilla.

Porque escuchar a su marido parloteando tan contento, mientras ella estaba condenada, le parecía algo espantoso.

Pero Keawe no se daba cuenta de nada, comía y charlaba, hacía planes para volver a Hawái y le daba las gracias a Kokua por haberlo salvado, la acariciaba y le decía que aquel milagro era obra suya.

Luego Keawe empezó a reírse del viejo que había sido lo bastante estúpido como para comprar la botella por 4 céntimos.

Y le dijo a Kokua:

—Parecía un anciano respetable,
pero no se puede juzgar por las apariencias,
porque ¿para qué necesitará la botella
ese viejo sinvergüenza?

—Esposo mío —dijo Kokua—,
Su intención puede haber sido buena.

A Keawe no le gustó el comentario de Kokua.

—¡Tonterías! —exclamó—.
Es un viejo granuja, te lo digo yo,
y, además, estúpido.
Ya era difícil vender la botella por 4 céntimos,
pero será imposible que él la venda por 3.

»Porque el que se la comprara
tendría que venderla luego por 2 céntimos,
y nadie va a comprar la botella por ese precio
si luego la tiene que vender por 1 céntimo.
Pues el que la compre por 1 céntimo
ya no podrá venderla...
En fin, que ya huele a quemado.

»Es cierto que yo la compré por 1 centavo
cuando no sabía que hubiera monedas
de menos valor.
Pero es absurdo hacer una cosa así
y nunca habrá nadie que haga lo mismo.
Es imposible.
¡Ese viejo ya está condenado!

—Pero, esposo mío,
¿no es terrible que la salvación de uno mismo
signifique la condena de otra persona?
Yo no podría tomar eso a broma.
Creo que me sentiría muy triste
y rezaría por el nuevo dueño de la botella.

Keawe se enfadó al darse cuenta de la verdad
que había en las palabras de Kokua.

—¡Tonterías! —volvió a exclamar—.
Puedes sentirte triste, si quieres.
Pero tu actitud no es la de una buena esposa.
No piensas en mí,
tendría que darte vergüenza.

Luego se marchó y Kokua se quedó sola en casa.

¿Podría ella vender la botella por 2 céntimos?
Kokua se daba cuenta de que sería imposible.
Además, su marido estaba empeñado
en volver a Hawái, donde no había
ninguna moneda de menos valor que el centavo.
Y encima la dejaba sola y la reñía
después de haberse sacrificado por él.

Aquella tarde Kokua sacó la botella varias veces.
La miraba con horror durante un rato
y la escondía de nuevo, llena de espanto.

Keawe volvió y la invitó a dar un paseo en coche,
pero Kokua le dijo que se sentía enferma
y no tenía ganas de nada.

Keawe se enfadó aún más.

Creía que Kokua estaba triste por el viejo
y sabía que ella tenía razón.

Se avergonzaba por sentirse tan feliz
y eso lo ponía furioso.

—¡Ese es el amor que me tienes! —dijo—
Tu marido acaba de salvarse de la condenación
a la que se arriesgó por tu amor
y ¡tú no tienes ganas de nada!
Kokua, tu corazón es desleal.

Keawe volvió a marcharse enfadado.
Estuvo vagando por la ciudad el resto del día.
Se encontró con unos marineros
a los que conocía
y estuvieron bebiendo juntos.

Uno de ellos era un haole brutal, ya viejo,
que había sido oficial de un barco ballenero,
buscador de oro
y presidiario en varias cárceles.

Era un hombre miserable.

Le gustaba beber y ver borrachos a los demás
y se empeñó en que Keawe bebiera
una copa tras otra.

Pronto se quedaron todos sin dinero.

—¡Eh, tú! —le dijo el ballenero a Keawe—,
siempre estás diciendo que eres rico.
Que tienes una botella o una tontería parecida.

—Sí —dijo Keawe—, soy rico.
Volveré a la ciudad y le pediré dinero a mi mujer,
que es la que lo guarda.

—Ese no es un buen sistema, compañero.
Nunca confíes tu dinero a una mujer.
Son todas falsas, no te fíes de ella.

Aquellas palabras impresionaron a Keawe,
porque la bebida lo había trastornado.

«Quizá Kokua sea falsa —pensó—.
¡Está triste porque yo me he salvado!
Le enseñaré que a mí no puede engañarme.
La pillaré en sus mentiras...

Keawe y el ballenero regresaron a la ciudad.

El ballenero se quedó esperando en la avenida
mientras Keawe iba a su casa a buscar el dinero.

Ya era de noche y en la casa había una luz,
pero todo estaba en silencio.

Keawe entró por la puerta de atrás,
caminó sin hacer ruido
y se asomó a la habitación.

Kokua no lo vio, estaba sentada en el suelo
y delante de ella había una botella blanca,
con una panza redonda y un cuello muy largo...

Keawe se quedó mirando la escena,
incapaz de reaccionar.

¡La botella había vuelto!

Se le doblaron las rodillas
y la borrachera desapareció.

Volvió a salir de la casa en silencio
y entró de nuevo haciendo ruido,
esta vez por la puerta principal,
como si acabara de llegar.

Fue a la habitación, pero la botella ya no estaba.
Kokua, sentada en una silla,
se sobresaltó como si se acabara de despertar.

—He estado bebiendo y divirtiéndome
todo el día —dijo Keawe con voz muy seria—.
Me he encontrado con unos camaradas
y vengo a por más dinero para seguir la juerga.

—Haces bien en gastar tu dinero como quieras, esposo mío —dijo Kokua con voz temblorosa.

—Ya sé que lo hago todo bien —dijo Keawe, y fue hacia el baúl, donde siempre guardaban el dinero y la botella.

Miró dentro para ver si la botella estaba allí, pero no estaba. Eso significaba que Kokua la había escondido...

Keawe sintió pánico y su mente empezó a dar vueltas.

«La botella no ha vuelto sola —pensó—. ¡Es Kokua quien la ha comprado!».

Capítulo 11

Keawe intentó calmarse,
pero el sudor le corría por la cara
tan abundante como si fuera lluvia
y tan frío como el agua de un pozo.

Le pidió perdón a Kokua por enfadarse
y ella lo abrazó llorando.

Keawe le dijo que solo había ido a coger dinero
para seguir bebiendo con los amigos.

—Ojalá que no volvamos a desconfiar nunca
el uno del otro —le dijo a Kokua, y se marchó.

Pero Keawe no había cogido dinero para beber, solo cogió los céntimos que quedaban: puesto que su mujer había dado su alma por él, ahora Keawe debía dar su alma por Kokua.

En la avenida, bajo el farol, estaba el ballenero esperando a Keawe.

—Mi mujer tiene la botella —dijo Keawe—, ayúdame a recuperarla o se acabarán el dinero y la bebida por esta noche.

—¿No me dirás que esa historia de la botella va en serio? —dijo el ballenero.

Keawe se colocó bajo la luz del farol:

—¿Tengo aspecto de estar bromeando?

—Parece que vienes de un entierro —dijo el ballenero—, así que debe ser verdad.

—Escúchame. Aquí tienes 2 céntimos, ve a mi casa y dáselos a mi mujer por la botella. Creo que ella te la dará enseguida. Trae la botella y yo te la compraré por 1 céntimo.

»Porque esa es la ley con la botella: solo cambia de dueño si se vende por menos dinero del que costó. Pero no le digas a mi mujer que yo te envió.

—Compañero, ¿no te estarás burlando de mí? —preguntó el ballenero.

—Si dudas de mí —añadió Keawe—
puedes hacer la prueba.
En cuanto tengas la botella,
pídele que te llene el bolsillo de dinero
o una botella de ron, lo que quieras.

—Muy bien, kanaka —dijo el ballenero—
Haré la prueba, pero, si te estás riendo de mí,
yo me reiré después mientras te destrozo.

El ballenero se fue por la avenida
y Keawe se quedó bajo el farol,
cerca del lugar donde Kokua
había esperado la noche anterior.

Esperó mucho rato... O eso le pareció.

Keawe no dudaba, estaba decidido,
pero tenía el alma llena de angustia.
De pronto, oyó que alguien se acercaba
cantando por la avenida a oscuras.

Era el ballenero,
y parecía mucho más borracho que antes.
Llevaba la botella en un bolsillo de la chaqueta
y tenía otra botella en la mano,
de la que iba bebiendo.

Se acercó tambaleándose a la luz del farol
donde Keawe lo estaba esperando.

—Veo que la has conseguido —dijo Keawe
alargando la mano hacia la botella del diablo.

—¡Quietas las manos! —gritó el haole dando un salto hacia atrás—.

Si das un paso más, te parto la boca.

Creías que podías manipularme, ¿eh?

—¿Qué significa esto? —exclamó Keawe.

—¿Que qué significa? —repitió el otro—.

Pues que esta botella es maravillosa,
eso es lo que significa.

No sé cómo la he conseguido por 2 céntimos,
pero sí sé que no te la voy a dar por 1.

—¿Quieres decir que no la vendes? —dijo Keawe lleno de ansiedad.

—¡Claro que no! —exclamó el ballenero.
Pero te dejaré echar un trago de ron, si quieres.

—¡Debes saber que el hombre que tenga
esa botella acabará en el infierno!

—¡Me parece que voy a ir allí
de todas formas! —dijo el ballenero—.
Y esta botella será mi compañera de viaje.
¡No te la daré, no señor!
La botella es mía ahora, búscate otra.

Keawe miraba asombrado al ballenero
e insistió un poco más:

—Te lo digo por tu propio bien, ¡véndemela!

—No me importa lo que digas.
Me tomaste por tonto, pero no lo soy.
Si no quieres un trago de ron, me lo tomaré yo.
¡A tu salud y buenas noches!

Se marchó tambaleándose por la avenida
y desapareció.

Y con él desaparece la botella de esta historia.

Keawe corrió veloz a reunirse con Kokua.
¡Grande fue su alegría aquella noche!

Y grande es desde entonces la paz que reina
en la Casa Resplandeciente.

Guía de lugares y glosario



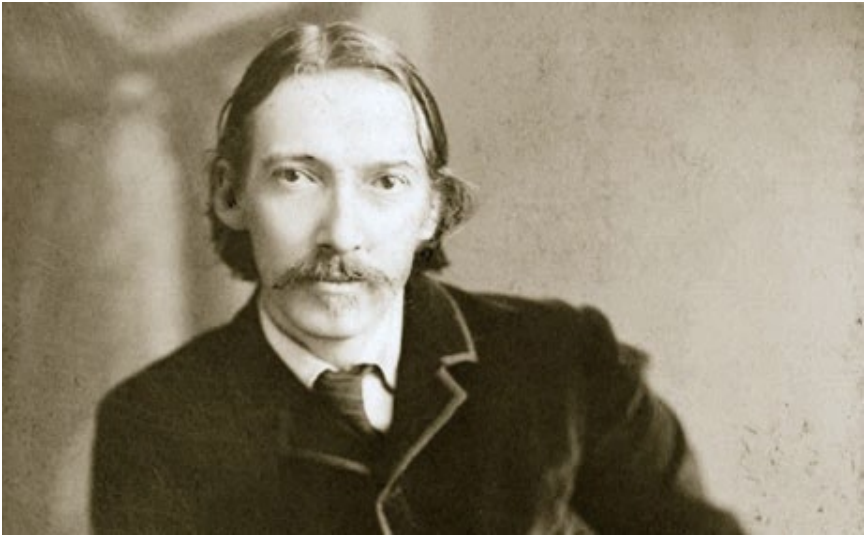


Hawái

Nombre del conjunto de 8 islas de origen volcánico en el Pacífico Sur.

También es el nombre de su isla más grande.

Hawái fue un reino independiente durante varios siglos, hasta que Estados Unidos se apropió de las islas en 1898.



Robert Louis Stevenson en 1910.
Foto de James Notman.

El matrimonio Stevenson con
Nantoki y Natakauti en
Butaritari (Islas Gilbert).
Foto de Joseph Strong, 1889.





El barco «Casco» en el que Stevenson y su familia
navegaron por los mares del Sur.
(Fuente: *Revista Española del Pacífico* 4, 1994, p. 132).

Nombres de lugares

Colina de San Francisco



Suponemos que Keawe pasea por el barrio de Nob Hill, en una de las colinas de la ciudad donde los más ricos construyeron sus mansiones.

Mansión de Charles Crocker. Foto de Carleton Watkins, 1873.

Honaunau (Puuhonua o Honaunau)

Lugar histórico donde vivían los gobernantes hawaianos.
Allí están las tumbas de los antiguos reyes y el templo de Keawe.



Templo de Keawe en el Parque Histórico Nacional de Puuhonua o Honaunau, en Kona. (Fuente: Oficina de Turismo de la isla de Hawái).

Honolulu

Es la actual capital de Hawái. Está en la isla de Oahu.



William A. Coulter, *Entrada al puerto de Honolulu*, 1882.

Molokai

Una de las 8 islas de Hawái,
que tiene los acantilados costeros más altos del mundo.
El gobierno de Hawái confinaba allí
a las personas enfermas de lepra.



David Howard Hitchcock, *Bajo los acantilados de Molokai*, 1912.

Papeete

Capital de **Tahití**, en la Polinesia Francesa.



Papeete a mediados del siglo XIX.
(Fuente: Meisterdrucke).

San Francisco

Ciudad del estado de California, en Estados Unidos.



Isidore-Laurent Deroy, *Vista de la ciudad de San Francisco*, hacia 1860.

Tahití

Antes llamada Otaheite.

Isla volcánica rodeada de arrecifes de coral en la Polinesia Francesa.

Está a más de 4000 kilómetros al sur de Hawái.



Paul Gauguin, *Te Vaa*, 1896.

Waikiki

Barrio de **Honolulu**, en la isla de Oahu, donde hay una famosa playa con ese nombre.



David Howard Hitchcock, *Playa de Waikiki bajo la luz del sol*, 1896.

Glosario

Árbol del pan

Es un árbol del Pacífico Sur.

Su fruto es nutritivo y, cuando se cuece, sabe a pan.

El árbol crece muy rápido, es resistente y se adapta bien.



Hojas y fruto del árbol del pan.

Foto: Simon Tonge, 2010.

El cuadro siguiente muestra una escena en la que el capitán del barco inglés «Bounty» vigila la recogida de árboles del pan en Tahití.

Thomas Gosse, *Transporte de árboles del pan desde Otaheite*, 1796.



El «Bounty» fue a Tahití a recoger brotes de árboles del pan para plantarlos en el Caribe como alimento barato y abundante para los esclavos de las plantaciones.



Grupo de corales en la Gran Barrera de Coral (Australia).
Foto de Toby Hudson, 2010.

Arrecife de coral

Los corales son pequeños animales llamados pólipos, que forman colonias de cientos o miles de individuos con formas y colores muy variados.

Estos corales forman una base o esqueleto: es el arrecife de coral, donde viven todo tipo de especies marinas.

Centavo, céntimo

Significan lo mismo,
pero no tienen el mismo valor,
pues son monedas de diferentes países:
el centavo es la centésima parte del dólar
y el céntimo es la centésima parte del franco francés.

A finales del siglo XIX,
1 centavo de dólar equivalía a unos 4 céntimos de franco.



Haole

En un principio significaba «persona extranjera», pero luego solo se usaba para las «personas blancas», europeas o americanas.

Holoku

Túnica que usaban las mujeres hawaianas de la época, a menudo era de color rojo y con flores.

El holoku fue diseñado por misioneros europeos para ocultar el cuerpo de las mujeres.

Bajo el holoku las mujeres solían llevar una camisa blanca larga como ropa interior.



Foto de Frank Davey, 1898.

Foto de Henry L. Chase, sin fecha.

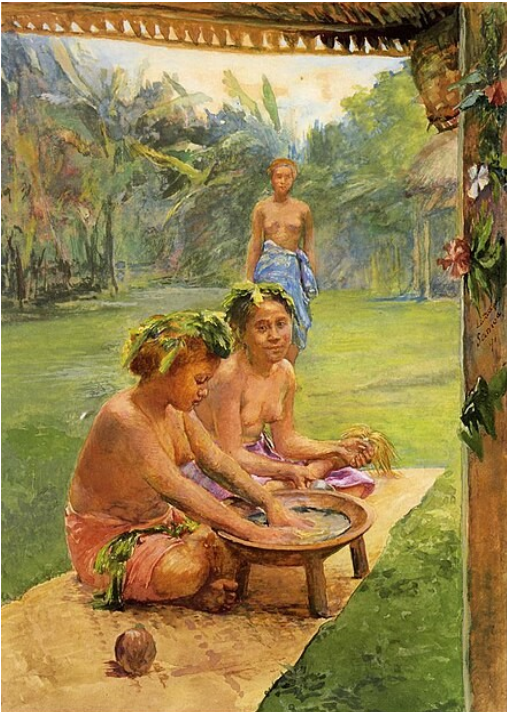


Kanaka (kanaka maoli)

Persona hawaiana.

Kava

En todas las islas de la Polinesia se prepara desde antiguo una bebida tradicional con la raíz de la planta de kava, que tiene efectos relajantes, calmantes y produce bienestar.



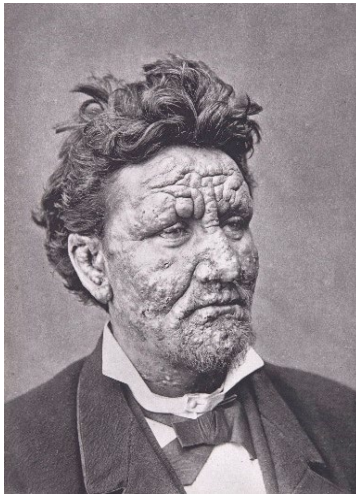
John LaFarge,
Jóvenes preparando kava, 1891.

Lepra (enfermedad de Hansen)

Es una enfermedad infecciosa y crónica causada por una bacteria.

Afecta sobre todo a la piel y a los nervios.

Si no se trata puede provocar graves deformidades y discapacidades.



Pierre Arents, «Arran Reeve, joven noruego de 24 años con lepra», 1886.
(Fuente: *Traité pratique et théorique de la Lèpre*).

En el siglo XIX llegaron a Hawái muchos balleneros, comerciantes y colonos extranjeros con enfermedades (gripe, sífilis, lepra, etc.) que no existían en las islas.

En aquella época la lepra no tenía cura y se extendió rápidamente entre la población hawaiana, que no estaba inmunizada.

Entonces, el gobierno confinó a los enfermos de lepra en Molokai, de donde no podían salir.

A mediados del siglo XIX aún no había allí edificios ni agua potable y los enfermos vivían en cuevas y chozas. Un barco de vapor con provisiones llevaba a los enfermos hasta Molokai y, si hacía buen tiempo, los marineros los acercaban en barca a la orilla.

Robert Louis Stevenson pasó una semana en Molokai visitando el asentamiento de los leprosos y escribió: «Solo puedo decir que ver tanto coraje, alegría y fe me emocionó demasiado como para preocuparme por la infinita compasión y el horror que vi allí».



Al fondo, el barco de vapor «Likelike».
La barca se acerca a la orilla con los enfermos y las provisiones, hacia 1902.
(Fuente: Archivos Estatales de Hawái).

Stevenson llegó a Molokai en el mismo barco en el que viajaba una monja enferma de lepra. La monja lloraba y se cubría la cara con un velo.

Plantaciones

En Hawái había grandes plantaciones de caña de azúcar de empresarios estadounidenses donde trabajaban obreros japoneses y chinos.



Jules Tavernier, *Refinería de azúcar en Maui*, 1885.



Joseph Dwight Strong, *Trabajadores japoneses en la plantación de azúcar de Spreckelsville (Maui)*, 1885.

Rey de Hawái

En 1891 murió el rey David Kalakaua y subió al trono la reina Liliuokalani.

En 1898 Estados Unidos se apropió de Hawái.



Stevenson y su familia con el rey Kalakaua de Hawái en 1889.

De izquierda a derecha: Fanny Van de Grift, esposa de Stevenson.

Robert Louis Stevenson. El rey David Kalakaua.

La madre de Stevenson, Margaret Isabella Stevenson,

y el hijastro de Stevenson, hijo de Fanny, Lloyd Osbourne,

que escribió varios cuentos con Stevenson. (Fuente: Wikimedia).

Volcán

En la isla de Hawái hay dos grandes volcanes, el Mauna Kea, que es el más grande del mundo, y el Kilauea, uno de los más activos.



David Howard Hitchcock, *Mauna Kea*, 1888.



Uno de los cráteres en la cima del Kilauea.
David Howard Hitchcock, *Halemaumau. Lago de fuego*, 1888.

